- ¿Qué diferencia hay entre un ateo, un agnóstico, un masón y un escéptico? ¿Todos niegan igualmente a Dios? ¿Es verdad lo que ellos plantean?



Ateísmo

Como su nombre lo indica el ateo niega a Dios. Las razones por las que lo hace son variadas: o porque considera que, de existir Dios, no debería haber maldad y dolor en el mundo; o porque dice que, si existiera un Dios, el hombre no podría realizarse como persona totalmente libre (puesto que Dios limita o prohíbe algunas conductas), con lo cual lo mejor es que Dios no exista; o bien porque la ciencia actual –dicen- ya lo explica casi todo, y entonces es innecesario buscar respuestas en Dios o en la religión. Finalmente, otros dicen que, si existiera Dios, sus seguidores deberían ser personas rectas, de confianza, honestas, veraces, cosa que –lo sabemos- no siempre ocurre. Algunos de los pensadores ateos más conocidos son: Freud, Nietszche, Marx, Feuerbach, Sartre, Stalin, Lenín.

¿Tienen razón los ateos? ¿Sus razonamientos son correctos? Si bien es verdad que muchas veces quienes decimos ser “muy religiosos” (ya seamos cristianos, católicos, judíos, u otra religión) dejamos “mucho que desear”, eso no justifica la inexistencia de Dios; como tampoco justifica la maldad o falsedad de la medicina el hecho de que existan médicos malos o corruptos. También es cierto que la ciencia moderna ha podido explicar muchos hechos que antes no tenían explicación científica y eran atribuidos directamente a Dios o una divinidad, sin embargo, lo que no es verdad es que tales desarrollos científicos logren demostrar la no necesidad de que Dios exista. Un ejemplo: ahora se pueden explicar científicamente las razones naturales (físicas, geológicas, etc.) de determinadas catástrofes que, quizá en épocas anteriores, eran atribuidas a Dios, lo mismo que sucesos que antes eran juzgados como milagrosos. Sin embargo, lo que los ateos no logran explicarnos es por qué las causas naturales se conectan de un determinado modo que nunca es azaroso sino que siempre responde a determinadas reglas fijas o leyes, a las que llamamos «naturales». Notemos una cosa: que existan leyes o reglas significa que no existe el azar, es decir, equivale a que una Mente absoluta e inteligente ha dispuesto tal orden o armonía. Ya los antiguos griegos pre-cristianos usaban la palabra «cosmos» (orden) como contraposición a «caos» (des-orden). ¿Qué vemos en la realidad, orden o caos?, ¿armonía o azar? No hay duda que lo que predomina es el orden natural, el orden biológico, el orden cósmico, el orden racional. Al menos como ley general. Y ese orden supone, repito, una Mente que lo crea, lo dispone, lo guía. ¿El orden no podría proceder del caos, del azar? No, porque sería algo ridículo, una contradicción en sí misma, un absurdo racional y lingüístico. Sería como jugar a los dados (juego de azar) y que siempre, absolutamente siempre, en todos los tiros, salga la misma forma; por ej.: “escalera”.

Volviendo a la –según nuestro parecer- poco consistente argumentación atea en favor de la ciencia y en contra de la religión, tampoco es verdad que, por el hecho de que en la actualidad logramos explicar algunos eventos buenos y extraordinarios que antiguamente eran tenidos por milagrosos, los milagros hayan dejado de existir, como tampoco el Autor de todos ellos. Puesto que si realmente la ciencia dijera hoy que no existen los milagros o intervenciones sobrenaturales extraordinarias en virtud de su “explicación científica”, deberían explicarnos por qué motivo aún en la actualidad siguen existiendo algunos milagros que ni siquiera la ciencia actual logra dar con una explicación. Dos ejemplos: curaciones sin explicación médica o científica, o cadáveres incorruptos de santos que no han sido tratados químicamente. ¿Por qué la ciencia no logra explicarnos éstos u otros fenómenos similares? Y eso que no hablamos aquí de los llamados «milagros morales» (cambios de vida, conversiones) que son, en última instancia, los más importantes y necesarios para vivir bien.

<u>Agnosticismo</u>



- ‘Yo soy agnóstico’, dicen muchas personas en la actualidad. ¿Qué piensa un agnóstico?, ¿en qué cree? A diferencia del ateo el agnóstico no niega directamente la existencia de Dios pero afirma que, en el supuesto caso de que exista, no podemos conocerlo, y en consecuencia no podemos hablar acerca de él. No se lo niega pero tampoco se lo afirma. El signo que mejor expresa el parecer de un agnóstico es el signo de pregunta: ¿…? Se deja la puerta abierta a la posibilidad de que exista Dios o una Divinidad, sin embargo, se cierra la puerta (con varias vuelta de llave) a la posibilidad de conocerlo, saber cómo es, hablarle, amarlo. Además, si hay dudas sobre la existencia de un Ser absoluto también hay dudas –dicen los agnósticos- acerca de las verdades morales absolutas. Es decir que no existen conductas humanas que sean absolutamente malas. Es todo relativo… Las razones por la que -según esta corriente de pensamiento- no podemos conocer quién es o cómo es Dios (en el supuesto caso de que Él exista) son variadas: o bien porque los hombres nunca en la historia se han puesto de acuerdo respecto de Dios, lo que ha dado lugar a los distintos conflictos religiosos –lo cual demostraría la imposibilidad histórica de su conocimiento-(1); o bien por la absoluta trascendencia de Dios, inaccesible al pobre y limitado intelecto humano (2); o bien porque la razón humana no puede afirmar nada respecto de las cosas que no se pueden demostrar científicamente (3). Quizás el filósofo agnóstico más conocido sea I. Kant (s.XVIII). En nuestro país este pensamiento lo han alentado, con mayor o menor fuerza, J. L. Borges y Mariano Grondona.

La crítica al agnosticismo es triple, atendiendo a las tres causales de dicho razonamiento. Es verdad que, por cuestiones religiosas, han existido guerras, pero ello no inválida ni la existencia de Dios ni las bondades de la religión. En todo caso el problema es de algunos o muchos hombres que la han mal-interpretado o han usado de la violencia con motivaciones o excusas pseudo-religiosas. Además hay que notar que, gracias a la religión (y sobre todo a aquella religión cuyo Fundador fue pacífico y murió por amor de todos) no existe en el mundo más violencia de la que podría efectivamente existir. ¿Por qué será que durante décadas no ha habido grandes guerras, o si las hubo no fueron más sangrientas de lo que podrían haber sido? ¿Esa atenuación de la maldad humana no podría, acaso, tener su origen en la religión?

En cuanto a la infinita distancia entre Dios y nosotros es verdad lo que se dice sobre la precariedad de nuestro intelecto, pero es igualmente verdad que la razón humana tiene una fuerza capaz de conocer galaxias, y nuestra voluntad, de sacrificarse por los más puros ideales. En razón de ello, no debemos mitigar o ningunear la grandeza de nuestra humanidad también en lo referente a nuevos horizontes, aunque éstos sean invisibles y lejanos. Y si bien nunca podremos (sin fe) conocer del todo y perfectamente a Dios ello no quita que no podamos decir por lo menos algo, aunque sea un poco, acerca de Él. Al respecto, es curioso notar que muchos de los que definen nuestro intelecto como precario y corto respecto de lo que nos trasciende le atribuyen, al mismo tiempo, una fuerza descomunal no solo en relación con las cosas ya conocidas sino también con las aún desconocidas. - «La ciencia, algún día, todo lo explicará», dicen muchos incrédulos. Pero entonces, ¿en qué quedamos? La razón humana, ¿es un gigante aún dormido o no lo es?; ¿tiene un potencial descollante o no?; ¿es realmente tan limitada y corta o no? Y si el poder para conocer cada vez lo tiene, ¿por qué no podría tenerlo también en lo que respecta a Dios?

Finalmente notemos que la existencia de las cosas tangibles no es ni la única ni la más importante. ¿Alguien puede “tocar” o demostrar científicamente la existencia del amor humano? Pues no, y sin embargo amamos. ¿Alguien puede tener certeza empírica o racional de que la palabra del otro es irrevocable, o de que mi prójimo es creíble y digno de confianza? Pues tampoco, y sin embargo confiamos.

Masonería



La Masonería tiene sus orígenes más remotos en la Edad Media, a partir de un grupo agremiado de albañiles que guardaban celosamente un gran secreto: la construcción (incluyendo los planos) de las grandes iglesias góticas medievales. Pero a partir del s. XVIII la sociedad secreta adquirió una nueva variante y finalidad. ¿Cuál? La de constituirse en una sociedad secreta pero con un fin político y filosófico. A inicios de ese siglo se funda en Londres la primer Logia masónica cuyo principal postulado fue –y lo seguirá siendo, hasta nuestros días- la abolición de todo tipo de absolutismo por considerarlo amenazante a la convivencia social signada, en la modernidad, por la pluralidad, la diversidad y el espíritu democrático. En el plano político la masonería bregará por la imposición de la democracia y la supresión de la monarquía; en el plano filosófico propiciará un tipo de pensamiento en el cual no existan verdades absolutas, aquellas verdades que, más allá de las épocas y circunstancias históricas o subjetivas, no pierden valía ni son susceptibles de una reinterpretación tal que las licúe en la relativización. Para la masonería la defensa de las pocas verdades absolutas que tenemos las personas (sean éstas teóricas, conductuales o morales) pondrían en riesgo el principal valor social: la tolerancia. ¿Y por qué? Porque si hay verdades absolutas significa que existe un puñado de afirmaciones a las cuales todas las personas debemos acatar, independientemente de las culturas, las creencias, las opiniones o el gusto de cada cual. Lo cual, según el masón, implicaría intolerancia e imposición.

Finalmente, en el plano trascendente o religioso la masonería –siguiendo con su postulado- negará cualquier religión que se postule como absoluta, es decir, como la única capaz de garantizar a las personas la totalidad de los medios para la salvación eterna. Son principalmente "peligrosas" tanto el cristianismo, como el judaísmo y el Islam puesto que las tres religiones son monoteístas: creen en un único Dios y en una única revelación celestial. Pero como acabar con el monoteísmo es imposible la masonería intenta despojarlo de toda valoración absoluta y dogmática, relativizando al máximo posible sus credos. Y en especial el Credo de la Iglesia Católica, por su predominancia en la cultura occidental.

¿Los masones son ateos? El masón se ufana de rendir culto a Dios el cual, dice, tiene como principal atributo el ser creador, matemático, arquitecto. De hecho, el símbolo de la masonería es la escuadra, el compás, el engranaje, el mandil (delantal del operario), elementos típicos del cálculo, el plano y la construcción. No obstante esta creencia sobre un Dios creador del universo –idea acertada, por cierto- lo que se niega es la posibilidad de que ese mismo Dios hable al hombre, se revele en la historia, diga verdades, condene errores, corrija conductas, sea susceptible de dar y generar amor. Esta revelación histórica de Dios (por ejemplo, la vida y enseñanzas de Cristo en cuanto Salvador) es negada por la masonería debido a que supondría una intromisión indebida de un Dios que, al crear, nos ha dejado las leyes naturales y el intelecto, de suyo suficientes para vivir bien y convivir. En consecuencia, no hace falta que Dios siga diciéndonos a quién y cómo creer, de qué modo se debe rezar, cómo el hombre tiene que confesar sus pecados o porqué determinadas conductas son objetivamente condenables más allá de las intenciones de cada quién. Todo esto sería una exageración, un "hacerle decir a Dios" cosas que Él no dijo ni dirá. Para el masón, la única voz de Dios es la naturaleza, la conciencia y la libertad individual. A esto se le llama "deísmo".

Aunque la propuesta de la masonería sea atractiva debido a sus "dogmas" o valores (tolerancia, libertad, aceptación incondicional de las diferencias), no obstante, su principal error es, a mi juicio, doble: por una parte, en el pensar que la libertad es lo suficientemente madura como para evitar yerros o la conciencia lo suficientemente infalible como para traducir siempre y sin error la voluntad de Dios (¡cuánta gente en la humanidad ha hecho mucho daño… siguiendo con sinceridad la propia conciencia!), haciendo así nulo todo tipo de auxilio divino. Aquel auxilio que los cristianos llamamos "fe", "sacramentos", "gracia". Y en segundo lugar, la masonería queda racionalmente "fuera de escuadra" al decir que, el mismísimo creador del cosmos, ahora se ve impedido de intervenir libremente en su obra, quitándole de este modo libertad y poder. Un Dios así (limitado, impedido para dialogar con nosotros sea personalmente o a través de una institución), ¿es importante o necesario que exista? Pues no. Por eso, creo, que es clara la conexión entre este pensamiento y el ateísmo, en el cual desemboca.

Escepticismo

¿Qué significa que una persona sea escéptica? La palabra 'escéptico' quiere decir, según el griego, 'el que mira o examina algo cuidadosamente', o también 'el que vigila algo con cautela'. Por lo tanto escéptico es aquella persona que mira o estudia la realidad sin precipitar un juicio ni tomar ninguna decisión. Así planteado, ser un poco escéptico no tiene nada de malo si consideramos que la cautela y discreción es algo que todos deberíamos cultivar, ya sea en los juicios que emitimos como en las decisiones que tomamos. Ser precipitado, pasional o prejuicioso es muy peligroso. Sin embargo, el escepticismo como doctrina filosófica y como estilo de vida (un escepticismo más extremo o radical) afirma no solo que se deben mirar las cosas con cautela y desapasionadamente sino que también existe –y aquí radica su error- una radical incapacidad en las personas para conocer la verdad y, en consecuencia, para emitir con certeza juicios conceptuales o morales. ¿Y por qué, según un escéptico, somos incapaces de tener alguna seguridad en el conocer o hablar? Simplemente porque la verdad no existe, o si existe nosotros somos demasiado pequeños para acceder a ella. En esto el escepticismo coincide con el agnosticismo solo que este último, por lo general, va aplicado más bien a las cuestiones trascendentes, metafísicas, religiosas; en cambio el escepticismo es un modo de vida aplicado a todo, también a lo cotidiano. -«Nada es firme, todo cambia», dice el escéptico. Cambia, todo cambia.

Por esa razón toda enseñanza y toda conducta (sea propia o de otra persona) es relativa, dependiente siempre de algo; no tiene un valor más allá que el subjetivo, circunstancial, coyuntural. En dicha tesitura no debería haber lugar para las acciones encomiables, como tampoco para las condenables ya que, ¿en base a cuál criterio podríamos decir "esto es excelente" o "esto es horrible"? En efecto, sin la verdad como criterio último toda la realidad deviene siempre gris, indefinida. Lo que hoy podría ser de un modo mañana podría serlo de otro, por eso –según esta manera de ver las cosas- es en vano entusiasmarse o defender con convicción alguna verdad. En el ámbito humano deberíamos conformarnos con aceptar la imposibilidad natural de conocer realmente las cosas, las personas y los sucesos. Por ej., veamos las dos posturas escépticas descriptas con respecto a un asesinato. Un escéptico extremo diría que no vale la pena realizar investigación alguna porque la verdad de encontrar un asesino no existe; en cambio un escéptico sano diría que es posible encontrar al asesino si se obtiene la información necesaria y ella se sujeta a procesos de comprobación. Para éste último la verdad, aunque ardua, puede ser descubierta. Por otra parte, no me parece honesto llamarse a sí mismo cristiano o católico y ser, en simultáneo, defensor absoluto del escepticismo. Notemos que Jesús dijo de sí: -Yo soy la verdad. ¿Puedo combinar mi fe en Él con una defensa sistemática de la verdad entendida como una realidad que cambia con el pasar del tiempo? ¿Era Jesús un fundamentalista? ¿El problema lo tiene Él o lo tenemos nosotros?

La lógica de la doctrina escéptica lleva a concluir que la mejor decisión conductual posible es la de abstenerse de toda decisión y juicio, dada la sospecha o duda implícita. Por eso me resulta una fenomenal paradoja que, quienes por una parte niegan que exista lo absoluto y su posibilidad de conocerlo ataquen o critiquen con total seguridad a quienes se oponen a tal idea. En efecto, si no hay verdad, ¿con qué derecho o autoridad voy yo a criticar? Si la verdad no existe, ¿quién soy yo para juzgar? Y de hacerlo, debería aceptar la disociación de mi conducta entre lo que pienso o digo y lo que hago. Un escéptico radical puede fundamentar su posición y criticar la postura contraria todas las veces que él quiera, pero siempre y cuando reconozca algún grado de incoherencia. En condiciones normales, no es lícito criticar, atacar o corregir lo mismo que se busca defender. En efecto, si soy un convencido y orgulloso escéptico, sospechoso de todo y de todos y entonces no tengo derecho a criticar (sin caer en contradicción) como si yo fuera el juez garante de la verdad. Por eso, y dado que no existe hombre en el mundo que no emita algún juicio, o no deslice alguna crítica o no tome alguna decisión, es en mi opinión muy difícil (por no decir imposible) ser un entusiasta relativista y escéptico de la vida sin ser, al mismo tiempo, un enemigo sutil de la cordura, la racionalidad y el sentido común.

P. Gabino